

Un acercamiento complejo al estudio del comportamiento exterior del Estado El Síndrome de Zelig*

Dimitri Endrizzi

Doctorante en estudios políticos, Facultad de Finanzas, Gobierno y
Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia.

Laurea en Sociología, Università degli Studi di Trento.

Correo electrónico: dimitri.endrizzi@gmail.com

Hace un par de años me comunicaron la noticia de que me había sido otorgada una beca para estudiar un posgrado en Colombia. Hacía tiempo que no recorría los pasillos ruidosos y algo despreocupados de una universidad y la perspectiva de volver alegró mis días. Terminado un aparentemente interminable papeleo, empecé a cursar el programa por el cual había solicitado la beca: el doctorado en estudios políticos en la Universidad Externado de Colombia. Debido al miedo que le tengo al futuro, me tomé el asunto muy en serio. Metí alma y cuerpo en mis estudios y con cierta sorpresa alcancé un discreto desempeño académico en todas las materias. Menos una: las relaciones internacionales.

No le di mayor importancia a lo sucedido. Hasta el día en el que por primera vez subí la alpinística escalera del Externado de Colombia, solo había escuchado la expresión ‘relaciones internacionales’ en noticieros y documentales, sin poderle atribuir un significado específico. Desconocía que la mayúscula o la minúscula inicial sí cuentan y nunca había oído el nombre de los autores que nuestra profesora nos presentaba. Habría sido muy presumido pensar que no iba a encontrar ninguna dificultad. Sin embargo, la materia despertó en mí un genuino interés académico. Desde siempre, lo inherente a los asuntos exteriores de los distintos países del mundo había atrapado mi curiosidad y por primera vez tendría la oportu-

* Artículo recibido el 13 de julio de 2011. Aprobado el 30 de agosto de 2011.

tunidad de estudiarlo. El proyecto de tesis que hasta entonces me había planteado desarrollar –algo relacionado con las falencias de la democracia colombiana– ya no era el centro de mi atención y debía ser abandonado.

No había terminado el primer semestre y me estaba moviendo en ese terreno pantanoso que es cursar un doctorado sin un problema de investigación. No obstante todo, algo tenía claro: mi tesis abordaría el ámbito de las RR.II. Me acerqué entonces al estudio de los principales enfoques. Leí unos extractos de la *Política entre naciones* de Hans Morgenthau y me convertí en un realista integral. Leí el escrito de Fernando Cardoso y Enzo Faletto *Dependencia y desarrollo en América Latina* y entendí que eran ellos y no los realistas los que habían dado en el blanco. Luego tocó *Poder e interdependencia* de Joseph Nye y Robert Keohan y pensé que había sido increíble la manera en la que había considerado acertadas las anteriores teorías. Y luego fue el turno de Alexander Wendt y su *Teoría social de la política internacional*, que de repente revivió los años que había transcurrido en Italia estudiando sociología y me convenció que el constructivismo era la clave. Por último, debido a una presentación que estaba preparando acerca de la revolución cubana, tuve que volver al realismo y me sentí un traidor y un estúpido, porque la verdad es que estos tipos sí habían entendido como funcionaban las cosas.

El conflicto interior fue importante. No se trataba, como es común que suceda, de desarrollar simpatías y antipatías. Se estaba manifestando un fenómeno algo preocupante: cada vez que tomaba un libro o un artículo de uno de los maestros, no importaba cual, pensaba que el sujeto tenía razón. Me convencí de que estaba sufriendo de algún trastorno de la personalidad, algo parecido a lo que le pasaba al desafortunado Leonard Zelig en la obra cinematográfica de Woody Allen, pero con un alcance limitado al ámbito de la causación entre factores explicativos y fenómenos. Hasta cuando llegó la Santa Navidad y debajo del árbol encontré un libro terapéutico cuya lectura despejó de mi mente todas las dudas que estaban rondando hasta aquel entonces. Hablo de *El método* de Edgar Morin. Sospeché que lo que hasta entonces, aunque sin tener la menor prueba clínica, había considerado una extraña manifestación de mi psiquis, podría ser tratado a la manera de un problema de investigación. Había encontrado el tema de mi tesis doctoral y empecé a trabajar en eso.

¿Todos tenían razón? El problema consistía en definir cuáles factores, en últimas, determinaban el comportamiento exterior de un Estado¹. Para resolver mi inquietud, necesitaba considerar la posibilidad que una expresión de este tipo no significara solamente la muerte anunciada de cualquier investigación que

¹ Considero el comportamiento exterior del Estado como el conjunto de acciones de un Estado como actor político en su proyección internacional. El término acción hay que entenderlo como una secuencia intencional de actos dotados de sentido que un actor cumple con el fin de transformar un estado de cosas, en presencia de un entorno. Es un concepto más flexible respecto a expresiones como ‘política exterior’ o ‘política internacional’, y neutral, dado que no presenta a priori las caracterizaciones ontológicas y metodológicas, en sentido amplio del término, que las dos expresiones citadas suelen conllevar.

anhele un estatus científico. La literatura, por lo menos en el ámbito de las RR.II., parecía no dejar mucho espacio a la interpretación. ¿Qué es, entonces, lo que determina el comportamiento exterior de un Estado?

¿Son los factores internos a los estados (política doméstica) o los factores externos (política internacional)? ¿Son las características del régimen político, del modo de acumulación, del lobby de distintos sectores, del sistema de creencias, de las personalidades, de las unidades de la última decisión? ¿O se trata de la ubicación del Estado en el sistema internacional, la distribución de poder, la influencia de las instituciones internacionales o el rol de las normas internacionales? La respuesta erudita bien podría ser ‘ambos, los factores domésticos y los internacionales’. La respuesta científica, sin embargo, no admite la idea de que todo cuenta sino de que algo en particular es lo que hace mover a los estados en un sentido u otro (Merke, 2007, 2).

El trabajo por seguir se propone sostener la tesis de que son “ambos, los factores domésticos y los internacionales” y no es solamente una respuesta erudita.

BREVE CRONO-HISTORIA DE LAS TEORÍAS QUE HAN DADO CUENTA DEL COMPORTEAMIENTO EXTERIOR DEL ESTADO

En general, en el ámbito de la ciencia, la historia del surgimiento de nuevas teorías fue en gran parte una historia kuhniana de crisis. Bo-

bbio, Pasquino y Matteucci (1991) nos dicen que una crisis es un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema, un cambio cualitativo, un viraje imprevisto y de pronto violento, en las formas normales en las que se desarrollan las interacciones dentro del sistema en examen. En el presente trabajo, el sistema en examen es el que define la relación entre teoría y fenómenos. Kuhn nos enseñó cómo un paradigma puede colapsar bajo la presión de su incapacidad de respuesta a nuevos interrogantes y nuevas generaciones de académicos suelen dar vida a nuevas teorías que se ajustan, de manera más adecuada, a las nuevas problemáticas que han surgido. Esta es también la historia de las teorías que se han propuesto dar cuenta del comportamiento exterior de los estados.

Las RR.II. son una disciplina relativamente joven cuyo surgimiento se suele datar a finales de la primera guerra mundial. Desde los años treinta, la teoría dominante se caracterizó por la influencia del realismo político, una corriente que encuentra sus raíces en el pensamiento de autores como Tucídides y Kautilya y, en época moderna, como Maquiavelo y Hobbes. Observa el mundo como es y no como debería ser. Por esta razón se habla de teorías realistas, en contraposición con las teorías normativas.

Ese realismo temprano, más tarde definido como clásico², afirmó la existencia de un sistema internacional gobernado por la anarquía que genera una condición de constante peligro para la supervivencia de los estados. Siempre existe la posibilidad de que otro país

² El realismo clásico hace referencia a autores como Hans Morgenthau, E. H. Carr, Raymond Aron, entre otros.

use la fuerza y elevar el poder relativo es necesario para sobrevivir. El realismo clásico afirma que si un Estado logra aumentar su poder relativo, adoptará una actitud expansionista e impondrá su fuerza fuera de sus confines. Es decir, cuando el poder relativo de un Estado aumenta, este expandirá sus intereses políticos fuera de sus fronteras e intentará aumentar el control sobre su entorno. Un aumento del poder relativo es dado por un aumento de las fuerzas materiales que determinan el nivel de poder de un Estado. Esta doctrina se define con realismo ofensivo. Existe una variante defensiva del realismo que afirma que una política expansionista y un aumento de seguridad para un Estado solo pueden significar la disminución de la seguridad de otros que, preocupados por su supervivencia, intentarán adoptar políticas similares, generando de esta forma espirales de conflicto e inseguridad. Por estas razones, el sistema internacional anárquico favorece, más que un expansionismo, una consolidación de las propias posiciones.

En época reciente, el debate académico dentro del realismo manifestó la necesidad de abandonar las posiciones radicales y un poco simplistas que habían caracterizado el enfoque, incorporando variables explicativas como las percepciones de los gobernantes. De acuerdo con esta nueva corriente, definida realismo neoclásico, la posición del Estado en el sistema internacional ya no es absoluta, sino que es una posición percibida. Otro aspecto novedoso fue la inclusión de elementos domésticos, como la estructura del Estado, en la explicación.

Antes del debate que vio como resultado el nacimiento de la corriente neoclásica del realismo, otro debate interno había generado

respuestas en momentos de crisis. El desarrollo de la guerra fría había dejado al desnudo los límites del enfoque realista. La política exterior iba perdiendo la tradicional autonomía que había gozado en época de modernidad, la amenaza nuclear rediseñó las relaciones entre países, los estados capitalistas iban perdiendo cada día más el control sobre los sistemas de producción. Este ámbito cambiante fue el escenario de la crisis del realismo clásico, entendido tanto como un paradigma teórico cuanto como un corpus de reglas y procedimientos de la política internacional elaborado por la diplomacia europea del siglo XIX y codificado como paradigma por Morgenthau al final de la segunda guerra mundial.

La respuesta interna a la crisis del realismo clásico fue la *Teoría de la política internacional* de Kenneth Waltz, de 1979. Los elementos más destacados de la obra son tal vez la crítica a las teorías reduccionistas que interpretan el origen causal de los fenómenos sistémicos a nivel de unidad y la introducción de una perspectiva microeconómica. Es decir, el uso de la herramienta teórica de la racionalidad utilitarista como modelo de la acción social y, en lo específico, como lógica de la acción externa de los estados.

El actor de la política internacional es el Estado. La teoría de Waltz no desconoce la presencia de otros actores, pero no los considera determinantes. Los estados son soberanos y desarrollan funciones similares y esto no puede más que llevar a una situación de competencia entre ellos y de choque potencial. Lo que los diferencia y los posiciona en el sistema internacional es una distribución heterogénea de las capacidades necesarias para llevar a cabo

sus funciones. Como consecuencia, el sistema internacional se configura como un campo de juego sustancialmente anárquico caracterizado por la ausencia de gobierno, en el que la cooperación no es un recurso normal, sino una situación límite a la cual acudir solo en el caso en que comporte una clara ventaja para los actores. El hecho de que el realismo estructural describa el sistema internacional como anárquico no implica que no se verifiquen situaciones de interdependencia entre actores. Los objetivos fundamentales para un Estado son su seguridad, autoconservación y bienestar. A través de un análisis racional, de una valoración de los costos y los beneficios que implicarían el alcance de sus objetivos —que dependen directamente de su posicionamiento en el sistema internacional; es decir, más poder relativo implica menores costos y mayores beneficios y viceversa—, un Estado determina sus políticas exteriores.

El realismo estructural afirma que el elemento organizador de las relaciones internacionales es la estructura material internacional de poder, y el comportamiento exterior de un Estado es determinado por la posición ocupada en el sistema internacional. Las características internas no explicarían lo suficiente. La forma en la que el Estado se organiza, la personalidad o las creencias de un líder, etc., no serían factores contemplados en un análisis empírico. Los efectos que repercute el posicionamiento en el sistema internacional anularían los efectos de los primeros.

El neorrealismo se volvió el paradigma dominante. El modelo de la racionalidad utilitarista presentaba una visión esencialmente materialista de la vida social y esto se reflejó

en el objeto de estudio de la teoría internacional, es decir, la estructura de la política entre estados. La política internacional seguía encarnando el campo del conflicto eterno entre unidades fuertemente autorreferenciales, diferenciándose de la política interior, donde iba tomando importancia el concepto de construcción social de la realidad. Los procesos sociales se iban caracterizando por su componente ideal: normas, reglas, culturas, percepciones, identidades, instituciones, etc. Ideas, en el sentido amplio del término. Pero en la RR.II. dominadas por el enfoque neorrealista, se seguía evidenciando una primacía de las causas materiales de la acción social. Las ideas tomaban un carácter, pidiendo en préstamo una expresión del marxismo, superestructural. En un contexto internacional de este tipo, cualquier referencia al carácter social de los actores no tenía cabida, porque el ambiente en el cual dichos actores interactúan se consideraba por definición un ambiente no-social. Es de este escenario teórico que surgió el constructivismo.

En el ámbito constructivista, el aporte más importante ha sido el de Alexander Wendt. El trabajo de Wendt se dio en otro momento de crisis. Antecedieron la escritura de su obra más relevante, *Teoría social de la política internacional*, de 1999, la caída del muro de Berlín, el desmoronamiento de la Unión Soviética, el fin de un sistema bipolar y un extraño silencio de la ciencia política en relación con los cambios epocales que se estaban manifestando (Jeffrey, 1995). En ese tiempo apareció un trabajo pionero donde Yosef Lapid y Friedrich Kratochwil (1996) proponían una reconsideración de conceptos como la cultura y la identidad como factores de interpretación

de la política internacional. El texto contenía una serie de artículos *subversivos* donde los dos términos se repetían con cierta frecuencia. Uno de estos artículos lo había escrito Alexander Wendt.

El principal interlocutor de Wendt fue Kenneth Waltz y la *Teoría de la política internacional* fue el estado del arte en el cual se movió su crítica. El terreno que pisó el autor fue el debate sobre el papel y la naturaleza de los regímenes y las instituciones internacionales, el lugar donde se había desarrollado la concepción materialista de la estructura internacional, con su lógica racional-utilitarista como fondo. La elección de un modelo microeconómico como teoría de la acción eliminaba cualquier tipo de relación entre intereses e identidades y de hecho le quitaba cualquier papel al proceso de construcción de la identidad. No es que desde la perspectiva neorrealista no se les reconociera una identidad a los actores sociales, sino que se trataba de una concepción estática determinada exclusivamente por la lógica racional de la acción. El constructivismo forzó este orden teórico, reconociendo la naturaleza artificial de cada fenómeno y estructura que se sedimentaba en la esfera internacional.

Reconocer la naturaleza artificial de un fenómeno o de una estructura significó reconocer su carácter histórico. Significó reconocer su contingencia y mutabilidad y el carácter constitutivo de la identidad cultural de los actores. Desde la perspectiva de Wendt, el estado de anarquía del sistema internacional se volvió, utilizando la terminología de Durkheim, un hecho social. La afirmación tuvo sus consecuencias. En la visión neorrealista, la anarquía era más bien un estado de naturaleza, el resulta-

do del encuentro de actores dados, entendidos como unidades egoístas y autorreferenciales ya constituidas en sí mismas. La relación entre dichas unidades se entendía como una socialización sin reglas específicas, y no como un proceso de construcción (Wendt, 1999).

Desde la perspectiva constructivista, cada estructura social se consideró sobre todo cultural. De la distribución de las ideas dependía la distribución de los intereses. Descomponiendo este concepto hasta la relación social más elemental, nos encontramos con el concepto que es suficiente la conciencia de la reciprocidad para construir una relación de socialidad. Se está hablando de las ideas que los actores construyen respecto a la naturaleza y a los roles de sí mismos y del otro. Una construcción dialéctica. Wendt consideró a los estados a la manera de individuos y esto trajo como consecuencia la perfecta aplicabilidad de lo afirmado al sistema internacional. Sin embargo, su visión antropomórfica del Estado impidió la problematización del mismo a nivel de análisis empírico. Desde esta crítica, el constructivismo desarrolló una corriente que empezó a investigar la formación de la identidad internacional de un país a través de los procesos domésticos. Fue un cambio de perspectiva. En la teoría de Wendt permanecían los límites impuestos por el sistema internacional, aunque había cambiado su ontología. Los trabajos de Katzenstein (1996), Barnett (1999), Banchoff (1999), Weaver (1996) y Merke (2008), entre otros, consideraron la identidad del Estado de forma más dinámica y dependiente de los procesos internos.

Hay otros enfoques que, desde posiciones diferentes de las ocupadas por el cons-

tructivismo, se propusieron dar respuesta a los interrogantes generados por la crisis del realismo estructural. Ejemplos significativos fueron el liberalismo y el institucionalismo neoliberal. El liberalismo es un enfoque que se ha desarrollado alrededor de la obra de Andrew Moravcsik. El autor consideró que las preferencias eran anteriores a las capacidades y vio el comportamiento exterior del Estado como un agregado de intereses, conflictivos o cooperativos, de distintos actores. Moravcsik (1997) se centró en la observación de que, finalmente, lo que los estados quieren hacer es lo que determina el comportamiento exterior. Este enfoque revirtió la relación medios-fines: si para el realismo una variación en las capacidades materiales tendría efectos en la política exterior y, de cierta forma, determinaría las decisiones, el liberalismo afirmó que las variaciones en los fines tendrían más influencia que las variaciones relativas en los medios. La capacidad material de un Estado influye, pero ya no se consideraba como variable independiente sino como variable interviniente.

El institucionalismo neoliberal es una teoría sistémica que incorporó la variable institucional en la ontología del sistema internacional. Es decir, si para el neorrealismo el poder material y su distribución eran lo que, en últimas, determinaba el comportamiento exterior del Estado, el institucionalismo neoliberal consideró que la estructura de las instituciones internacionales jugaba un papel determinante. La principal consecuencia fue que la anarquía ya no era condición necesaria del sistema internacional, dado que las insti-

tuciones representaban espacios de diálogo, disminuyendo sus efectos e incentivando la cooperación. El institucionalismo neoliberal permitió observar el cambio del comportamiento exterior de los estados prescindiendo de un cambio en la distribución material del poder. Sin alejarse de la idea neorrealista sobre la naturaleza del Estado (egoísta y racional), el institucionalismo neoliberal llegó a la conclusión de que la cooperación traía más beneficios que una continua competencia; es decir, la cooperación era un comportamiento más racional. La escuela hace referencia a autores como Robert Keohane, entre otros.

Para completar el cuadro de los principales enfoques que han dado cuenta del comportamiento exterior del Estado, es oportuno considerar las teorías de inspiración marxista (neomarxismos). Su aparición en el ámbito de las RR.II. es un fenómeno relativamente reciente. Desde los años 60, el comienzo de la distensión entre el bloque occidental y el bloque oriental generó nuevos espacios en el mundo académico, permitiendo que se impulsara el estudio de las relaciones Norte-Sur. Hasta entonces, el marxismo no había mostrado una influencia directa en la RR.II. Inspiradas en los trabajos sobre el imperialismo de Rosa Luxemburg y Lenin, al contrario de las demás teorías hasta ahora presentadas, su desarrollo fue marginal a los grandes debates que estructuraron la disciplina. No surgieron como consecuencia de la crisis de un paradigma cuyas respuestas ya no se consideran plenamente satisfactorias. Las principales problemáticas nacieron en otras disciplinas, en particular, en la economía del desarrollo de los años 50 y 60.

Un ejemplo de teoría neomarxista es la teoría de la dependencia³. Plantea relaciones asimétricas entre un centro y una periferia, que se generan a causa de una división internacional desigual del trabajo. Otra teoría de inspiración marxista es la teoría del sistema mundo⁴. En este caso, más que de teoría sería correcto hablar de enfoque—en inglés se define como *World-system approach*—. Se basa, como la teoría de la dependencia, en unos conceptos desarrollados por Lenin: el imperialismo como fase última del capitalismo y la existencia de un centro y de una periferia mundial. El sistema mundo puede ser definido como una serie de mecanismos inequitativos de redistribución de la riqueza mundial.

LA METAFÍSICA DE LAS TEORÍAS DEL COMPORTAMIENTO EXTERIOR DEL ESTADO

Esta breve crono-historia de las teorías que han dado cuenta del comportamiento exterior del Estado es sin duda incompleta. También desequilibrada, me detuve más en unas teorías que en otras. Y el análisis de las teorías ha sido superficial. Pero creo que esta crono-historia pueda ser útil para entender algo. El desarrollo teórico de la disciplina de las RR.II. ha sido sustancialmente un camino de afirmación, consolidación y replanteamiento de una metafísica

subyacente que ha caracterizado los diferentes enfoques en el proceso de definición de los factores causales que explican el comportamiento exterior de los países.

En lo específico, es posible aislar dos grandes debates en relación a los cuales ninguna teoría, implícita o explícitamente, ha podido guardar silencio. En primer lugar, en cuanto plantean interrogantes que representan un pasaje obligado para cualquier análisis empírico que se pretenda desarrollar desde la teoría de referencia. En segundo lugar, porque, de una manera u otra, los interrogantes planteados sobrentienden otros interrogantes que a su vez se constituyen como elementos caracterizadores de las diferentes teorías⁵. Un primer debate ha problematizado el nivel de análisis. Es decir, la conveniencia de abordar la investigación desde una perspectiva del Estado y los elementos que lo constituyen o del sistema internacional y las limitaciones que genera. El debate acerca del nivel de análisis ha sido cruzado por un segundo que ha problematizado la ontología de las relaciones internacionales y que se ha estructurado alrededor del interrogante: ¿de qué están hechas las relaciones internacionales?, generando respuestas inspiradas por diferentes grados de materialismo e idealismo, o espiritualismo, como también se suele definir⁶.

³ En el ámbito de las RR.II., se suele atribuir la teoría a Fernando Cardoso y Enzo Faletto.

⁴ Los principales aportes se deben a autores como Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Andre Gunder Frank, entre otros.

⁵ Un ejemplo puede ser el debate acerca de los actores del sistema internacional, que se resuelve en una fase de traducción semántica de conceptos amplios y abstractos a una dimensión observable.

⁶ Al respecto, véase Wendt, Alexander. (2007). *Teoria sociale della politica internazionale*, Milán, Vita e Pensiero y

Es muy probable que todos nos encontremos de acuerdo en afirmar que para poder definir cualquier factor de explicación tenemos que acudir a alguna teoría. Cambia la teoría, cambian las causas que generan un fenómeno y, como consecuencia, el objeto de estudio de la investigación. El pensamiento humano ha generado una innumerable variedad de teorías y, como vimos, el ámbito del comportamiento exterior del Estado no se sustrae de este escenario.

Si es verdad que la Ilustración decretó la definitiva separación entre filosofía y ciencia, la realidad nos muestra un panorama no tan definido. Filosofía y ciencia siguen compartiendo “algunos conceptos, principios e incluso problemas claves muy generales” (Bunge, 1999, 13). Y en el ámbito de las ciencias humanas y sociales la relación es aún más clara. Muchas de la premisas evidentes, a partir de las cuales se construyen teorías que se autodefinen científicas, son en realidad problemas no demostrables que solo pueden ser abordados a través de una práctica algo despreciada conocida como especulación.

¿Cómo es posible saber si un objeto existe en sí o si es una construcción psicológica? ¿Verificando empíricamente? Una ilusión. O como lo define la psiquiatría, un delirio de omnipotencia. ¿Y cómo es posible saber si el hombre es un ser racional o irracional? ¿O si es bueno o malo? Especulando. Habrá especulación buena y convincente y especulación mal argumentada o no directamente evidente que

hará gritar a la no científicidad. Pero siempre de especulación se trata. Existen unos conceptos últimos, o primeros, si consideramos la cronología, que contrastan de manera permanente con el frágil castillo de arena de la científicidad y que nos toca asumir así como se nos presentan. Hasta las teorías más ‘científicas’ se construyen sobre una base metafísica. La teoría de la elección racional, por ejemplo, hace propia una antropología—la racionalidad del hombre—que solo puede ser aceptada como un *a priori*. Adoptar cualquier punto de vista implica la aceptación, manifiesta o tácita, de unos conceptos últimos cuya elección se podría sentar sobre criterios muy poco científicos como la simpatía. Sin diferenciarse de los demás campos de la ciencia, dura o blanda—término que en nuestras sociedades falocráticas recuerda el tejido adiposo, la piel de la vejez y la impotencia sexual masculina, todos elementos que transmiten una sensación de gran utilidad—, el campo teórico del comportamiento exterior del Estado es recorrido, o tal vez estructurado, por estos conceptos últimos no científicables que heredamos de la filosofía.

Por lo que concierne a la naturaleza de las relaciones internacionales, materialismo e idealismo son doctrinas ontológicas. Contestan a la pregunta: ¿de qué está hecho el mundo? En términos generales, el materialismo se puede definir como la doctrina que remite toda causalidad última a principios o entidades materiales (Abbagnano, 2006). Por lo contrario, el idealismo afirma que las ideas existen de forma

Merke, Federico. (2007). *Identidad y política exterior en la teoría de las relaciones internacionales*, Documento de Trabajo, Buenos Aires, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad de El Salvador.

separada de la materia, o en su lugar (Bunge, 1999). El materialismo no es una doctrina única. Más bien, un conjunto heterogéneo de visiones del mundo acomunadas por la creencia de que todo lo que existe es material. Como sugiere Bunge (1999), no es oportuno hablar de materialismo; sería más ortodoxo hablar, en plural, de materialismos⁷. El mismo discurso vale acerca del idealismo, que puede ser considerado como un conjunto de ontologías que comparten la creencia acerca de la autonomía y supremacía de las ideas⁸.

En relación con el nivel de análisis, afirmar que son los factores internos los que determinan el comportamiento exterior del Estado o afirmar que son los factores externos, sustancialmente implica considerar la disputa subyacente entre individualismo y holismo. El individualismo es una doctrina que niega la existencia de una entidad colectiva en cuanto tal y la reduce a los individuos que la componen y a sus acciones. No existe nada supraindividual. El punto de vista de Bentham nos aclarará el concepto: “La comunidad es un *cuerpo* ficticio, compuesto de las personas individuales que se consideran como si constituyeran, por así decirlo, sus *miembros*. ¿Cuál es entonces el interés de la comunidad? —la suma de los intereses de los diversos miembros que la componen—” (cit. en Bunge, 1999, 340). Tal

vez menos elegante que la de Bentham, pero tal vez más contundente, es la afirmación de Margaret Thatcher: “No existe lo que llamamos sociedad; solo existen los individuos” (cit. en Bunge, 340). Dejando atrás la fuerza de las palabras de la *iron lady* y buscando conceptualizaciones algo más estructuradas, puedo citar a Hayek (2003), que sostiene que las ciencias sociales no se relacionan con totalidades que, en últimas, solo son modelos mentales que se construyen artificialmente a partir de elementos simples. O Popper (1957), que no acepta explicaciones en términos colectivos de los fenómenos sociales, interpretándolos como el resultado de decisiones, acciones y actitudes de los individuos. Parece que el individualismo está bien representado⁹.

En el ámbito de las ciencias sociales, el problema del nivel de análisis ha sido tratado sustancialmente como un problema ‘técnico’ de carácter metodológico. De acuerdo con el individualismo (metodológico), el nivel correcto de análisis es la unidad. Sin embargo, en esta afirmación metodológica es posible reconocer múltiples niveles, irremediablemente interrelacionados entre sí. En primer lugar, el individualismo presenta una dimensión ontológica. Es lo que expresó Bentham afirmando que la comunidad es un cuerpo ficticio, Thatcher declamando que la sociedad

⁷ El autor destaca, entre otros: el mecanicismo, el naturalismo (determinismo geográfico y biológico), el materialismo histórico, el materialismo cultural y el materialismo emergente.

⁸ Ejemplos de idealismos modernos pueden ser, entre otros: la corriente marginalista de la economía, la hermenéutica, la fenomenología y el constructivismo ontológico.

⁹ En las ciencias sociales y humanas, el individualismo parece gozar de muy buena salud. Además de los autores citados, es oportuno mencionar, entre otros, la micro-economía neoclásica y el abanico de teorías de la elección racional tanto en el campo de la sociología como de la politología.

no existe y Hayek explicando cómo las totalidades son modelos mentales artificiales. Es el discurso alrededor del ser, de la naturaleza de los fenómenos. Afirmar que la sociedad es un agregado de individuos y que las totalidades supraindividuales son construcciones abstractas y ficticias implica que no se puedan contemplar como unidades. Cualquier propiedad será el resultado de una agregación de propiedades. De acuerdo con Bunge (1999), dado que no existen, las entidades colectivas no interactúan entre ellas, no evolucionan y no actúan sobre sus miembros.

Si miramos la definición de Hayek, nos damos cuenta de cómo, además de una dimensión ontológica –las totalidades son modelos mentales artificiales– presenta una dimensión epistemológica –las ciencias sociales no se relacionan con estas totalidades–. También la afirmación de Popper se da en un sentido epistemológico. La comprensión de un fenómeno requiere de una explicación en términos de agregados de individuos. De todas formas, no aceptar una explicación en términos colectivos de los fenómenos sociales implica abrazar una ontología de los mismos que justifique dicha epistemología. La dimensión ontológica del individualismo supone su dimensión epistemológica. Pena: la no comprensión.

En el ámbito de las ciencias sociales, el holismo ha sido elemento de caracterización de la primera sociología, tal vez en respuesta a una economía ya afirmada prevalentemente como individualista. Comte, Durkheim y Marx son, cada uno a su manera, holistas. La visión organicista de la sociedad de Comte es holista. Durkheim afirma que la sociedad se caracteriza por hechos sociales que tienen

vida propia y que imponen restricciones a los individuos. Marx, en su conceptualización del materialismo histórico, afirma que los actores de la historia son simples portadores de relaciones sociales que, en últimas, dependen de la base productiva de la sociedad. Cualquier fenómeno se puede explicar fuera de la esfera individual.

Como hemos visto, hablando de individualismo, también el holismo puede ser considerado en su ontología y epistemología. El componente ontológico del holismo nos dice que una totalidad no es igual a la suma de sus partes. Las propiedades de una totalidad social son emergentes y por esta razón no pueden ser reducidas a las propiedades de las partes. Una totalidad trasciende sus miembros de forma gestáltica. Esto implica que una totalidad se comporte como una unidad. Las interrelaciones entre unidades se dan a un nivel totalidad-totalidad y los efectos que la unidad genera sobre sus partes son de mayor intensidad que los efectos de las partes sobre el todo. En su dimensión epistemológica, el holismo afirma que todo estudio es un estudio de totalidades y que los fenómenos solo se pueden explicar haciendo referencia a causas supraindividuales. El holismo es el supuesto epistemológico de cada teoría que considera el todo como unidad causal y las partes como simples epifenómenos. El discurso se puede repetir acerca de la diada materialismo-idealismo. Una ontología específica sobreentiende una epistemología específica.

Si en el caso de la diada materialismo-idealismo hay acuerdo en conceder a la ontología una posición privilegiada –se está hablando de la naturaleza de las relaciones

internacionales—, también en el caso de la diáda individualismo-holismo, aunque se trate de establecer el nivel de análisis apropiado, lo que, en últimas, resulta determinante es la naturaleza que se atribuye a los elementos causales de explicación. En el ámbito de las teorías que han dado cuenta del comportamiento exterior del Estado, las oscilaciones del péndulo teórico entre individualismo y holismo han sido oscilaciones entre Estado y sistema internacional como lugar abstracto donde había que buscar las causas últimas que pudieran dar razón de los distintos fenómenos. Si se considera que el sistema internacional no es más que la suma de los estados que lo constituyen (visión individualista) habrá unas consecuencias; si se considera que es algo más de la suma de los estados (visión holista) habrá otras.

El individualismo ha generado las denominadas teorías de política exterior (Waltz, 1988). Como las define Merke (2007), teorías ‘de adentro hacia afuera’. La unidad causal es el Estado y son sus características internas las que organizan la política exterior de un país. El sistema internacional, escenario en el que los estados se mueven, no presenta una autonomía ontológica, sino que es el resultado de las características y las interrelaciones entre estados mismos. De su parte, hablar de holismo significa hablar de las denominadas teorías de política internacional (Waltz, 1988). Son, con Merke (2007), teorías ‘de afuera hacia adentro’. La unidad causal es un sistema internacional gestáltico ontológicamente autónomo que, prescindiendo de las características internas de los estados, determina, en últimas, toda decisión de política exterior.

Por lo que concierne a la dimensión ontológica de las relaciones internacionales, una teoría puede definirse materialista si considera las fuerzas materiales como principal factor de explicación. Según Wendt (1999), el discurso materialista contempla por los menos cinco factores caracterizantes: la naturaleza humana, los recursos naturales, la geografía, las fuerzas de producción y las fuerzas de destrucción. La combinación y la distribución de estos factores permite a los estados actuar en el escenario internacional, atribuyendo diferentes grados de poder. Por su parte, una teoría idealista contempla la distribución de las ideas, en sentido amplio del término, en lugar de las fuerzas materiales como elemento constitutivo de las relaciones internacionales y como principal factor de explicación.

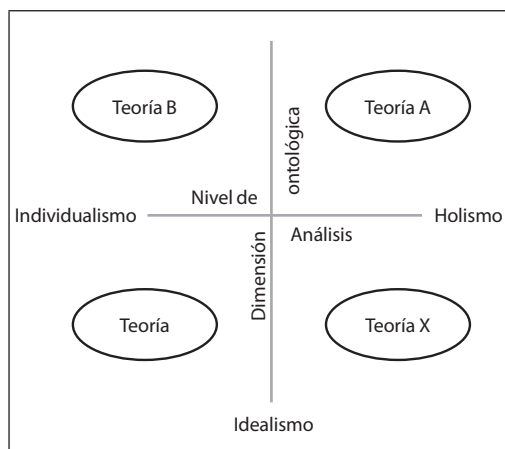
LA NECESIDAD DE UN CONOCIMIENTO COMPLEJO

Resulta intuitivo que teorías individualistas y holistas y teorías materialistas e idealistas son fruto de instancias metafísicas que tienden a excluirse mutuamente. Reconocer que el mundo solo es materia no es lo mismo que afirmar que las ideas existen en sí. Y no es lo mismo afirmar que un fenómeno social es el resultado de una agregación de individuos o de los efectos gestálticos de una totalidad. La exclusión mutua de las instancias metafísicas que están en la base de las principales teorías del comportamiento exterior del Estado ha generado un campo teórico caracterizado por una múltiple polarización.

Tanto la relación polarizada materialismo-idealismo, como la relación polarizada

individualismo-holismo, se pueden entender y representar como dos *continuum* en cuyos extremos se encuentran tipos ideales antitéticos¹⁰. Cruzando los dos *continuum* se obtiene un plano cartesiano cuyos cuadrantes representan en su conjunto un campo bidimensional gracias al cual es posible caracterizar una teoría de acuerdo con su posición a lo largo de cada uno de los dos *continuum* (Figura 1). De acuerdo con la ubicación de las distintas teorías en los distintos cuadrantes, los diferentes factores de explicación ‘ocupan’ la teoría con diferentes grados de intensidad.

FIGURA 1. METAFÍSICA DE LAS TEORÍAS DEL COMPORTAMIENTO EXTERIOR DEL ESTADO



El realismo clásico es un enfoque que ha generado teorías caracterizadas por el materialismo –en relación con la ontología de las relaciones internacionales– y por el individualismo –en relación con el nivel de análisis–.

Las evoluciones del realismo clásico se han ido hacia dos direcciones. El realismo estructural de Waltz ha mantenido una componente materialista y ha remplazado el individualismo con el holismo. El realismo neoclásico ha introducido variables ideales como las percepciones de los líderes, pero manteniendo sustancialmente una visión materialista. El constructivismo de Wendt ha adoptado una visión idealista y holista. Las teorías de inspiración marxista se caracterizan por una explicación materialista y holista de los fenómenos. De esta manera, es posible clasificar todas las teorías que hemos visto anteriormente.

Las oscilaciones del péndulo teórico se han dado dentro de un campo metafísico cuyos polos de referencia han sido instancias antitéticas. Las explicaciones del comportamiento exterior de los estados han sido parciales, con fecha de vencimiento y, no hace falta decirlo, generalmente incompatibles entre sí. Sin embargo, creo que sería bastante ingenuo pensar que autores preparados hayan sido víctimas de equivocaciones groseras, como en muchas ocasiones se ha intentado demostrar desde otra orilla teórica. Sería ingenuo pensar que las teorías que en las últimas décadas han estructurado la disciplina no hayan logrado explicar aspectos importantes de la realidad. Todas.

Federico Merke escribía que una respuesta erudita al interrogante ‘qué determina la política exterior de un país’, serían tanto los factores internos, como los externos. Y agregó yo, tanto los factores materiales, como los ideales. Pero

¹⁰ Al respecto, véase Wendt, Alexander. (2007). *Teoria sociale della politica internazionale*, Milán, Vita e Pensiero y Merke, Federico, 2007. *Identidad y política exterior en la teoría de las relaciones internacionales*, Documento de Trabajo, Buenos Aires, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad de El Salvador.

escribía también que un argumento de este tipo carecería de cientificidad porque una “respuesta científica ... no admite la idea de que todo cuenta sino de que algo en particular es lo que hace mover a los estados en un sentido u otro” (Merke, 2007, 2). ¿Qué representa la consideración de Merke? ¿Una manifestación del buen sentido? ¿Una toma de conciencia de la finitud del conocimiento humano? O más simplemente, ¿la manifestación de un modelo de pensamiento? Autores como Edgar Morin propenderían por la tercera opción.

Hasta cuando los polos divididos de las diadas metafísicas que han caracterizado el desarrollo de las teorías del comportamiento exterior del Estado se consideren de forma separada —en cuanto lógicamente antitéticos— será muy improbable lograr explicaciones realmente satisfactorias de los fenómenos. Una manera diferente de pensar la investigación social nos podría ayudar a buscar respuestas. Soluciones no, pero si respuestas que puedan generar acercamientos más exhaustivos a nuestro objeto de estudio: el comportamiento exterior del Estado. La complejidad nos podría proveer las herramientas conceptuales para formular estas respuestas.

HACIA UNA REDEFINICIÓN DEL ESTUDIO DEL COMPORTAMIENTO EXTERIOR DEL ESTADO

El problema es un problema de atracción gravitacional que cada uno de los polos divididos

ejerce sobre la teoría. La respuesta al problema sería la superación de las polarizaciones. En términos metafóricos, la búsqueda de una teoría que se construya en un campo metafísico a gravedad cero. El lector puede pensar que una postura de este tipo no es ninguna novedad relevante. En el ámbito de las ciencias sociales, la superación de las polarizaciones ha sido un tema de interés para diferentes autores¹¹.

Por lo que concierne a la polémica sin fin entre individualismo y holismo, Corina Yturbe (1993) nos dice que al respecto se pueden individuar tres posturas. Una primera es aceptar que se trata de enfoques incompatibles. Ninguna superación. Una segunda es considerar que diferentes fenómenos presentan naturalezas diferentes y necesitan de diferentes enfoques para ser explicados. Onto-epistemología itinerante. Estamos en el campo de la teoría *ad hoc*. Ninguna superación, digamos unos separados en casa. La tercera postura es reconocer que se trata de enfoques complementarios.

Un ejemplo del tercer punto de vista es la sociología de Anthony Giddens. Según el autor (1995), el contexto social se comprende como resultado y causa del comportamiento humano que, a su vez, se da en un entorno —una estructura social cambiante— de condiciones no reconocidas y consecuencias no anticipadas. Otro ejemplo podría ser la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas (2008), que sostiene que en el proceso de comprensión de lo social es necesario tener en cuenta tanto las

¹¹ A seguir, presentaré dos ejemplos de superación de la dicotomía individualismo-holismo. No trataré en lo específico intentos de superación de la dicotomía materialismo-idealismo porque no he encontrado literatura que, en este sentido, valga la pena citar. Aunque el constructivismo ha sido considerado en estos términos, el papel preponderante atribuido a las ideas en los procesos de formación de las percepciones desequilibra la relación.

acciones individuales como el contexto, también proveedor de contenido semántico.

Si en ambos casos se puede apreciar un notable intento de superación de la polarización individualismo-holismo, por lo que concierne a la dimensión meramente ontológica de los fenómenos, las dos teorías presentadas se inclinan hacia un polo específico de la polarización. Habermas, de manera más radical, y Giddens son partidarios de la supremacía de lo ideal sobre lo material. El proceso de rehabilitación científica del síndrome de Zelig se queda en la mitad del camino. Muchos tienen razón, pero todos no.

También en el ámbito de las RR.II., aunque se trate de una disciplina relativamente pobre de reflexión teórica, hubo intentos —no sé hasta qué punto conscientes— de superación de las polarizaciones, pero con resultados que no considero satisfactorios. Un ejemplo puede ser el realismo neoclásico, que surgió de la crisis teórica del realismo clásico e incluyó elementos analíticos ideales como las percepciones de los líderes en un andamiaje teórico de fuerte caracterización materialista. Alexander Wendt (2007) planteó que los procesos internos de los estados pueden generar modificaciones en los procesos de formación de las identidades en el sistema internacional, pero es el escenario internacional donde los elementos de explicación juegan su poder de causación. Tanto en los realistas neoclásicos como en Wendt, el elemento ‘menos’ causal de la polarización se incluye en la explicación a la manera de una variable interviniente.

De acuerdo con lo que Edgar Morín (2009) define como *principio dialógico*, los elementos antagónicos coexisten sin superarse

y sin dejar de ser antagónicos. Y de acuerdo con lo que define *principio hologramático*, las partes están en el todo y el todo está en las partes. ¿Qué sucedería si aplicáramos estos principios a las polarizaciones que caracterizan la metafísica de las teorías que hemos visto?

Probablemente, tendríamos que enfrentarnos a una despreocupación ontológica. Ya no nos tocaría la infame tarea de corroborar si la realidad es materia o ideas. Ambas afirmaciones podrían ser consideradas como verdaderas. Y quizá nos toque en suerte una despreocupación metodológica, en sentido amplio del término. ¿Unidad o sistema? El todo es más y menos de la suma de las partes que lo componen y las partes siguen siendo partes. ¿Qué significa? Que la interrelación entre partes de un todo genera consecuencias. Las partes sufren una transformación ontológica, desarrollan propiedades nuevas que emergen solo gracias al proceso de interrelación con otras partes y que se pueden considerar en relación con el sistema. Pero al mismo tiempo las partes sufren una disminución de sus propiedades iniciales porque la participación en los procesos de interrelación hace que unas propiedades originarias se vuelvan latentes. Pero no todas. Habrá unas propiedades originarias que siguen manifestándose. ¿Una superación de la polémica entre individualismo y holismo? Según Morin, no hay duda al respecto.

¿Qué significaría en el ámbito específico de las teorías que se han propuesto dar cuenta del comportamiento exterior del Estado? En primer lugar, que el problema de la ontología de las relaciones internacionales es un falso problema. La complejidad no dispone de una orientación ontológica peculiar, entendida en

términos tradicionales. El problema ontológico puede ser 'bypassado' gracias a su epistemología. Todo fenómeno es sistema y un sistema no existe en sí, sino que es un fenómeno artificial que se genera en la interrelación entre objeto observado y sujeto observante. Y en segundo lugar, significaría que también el problema del nivel de análisis es un falso problema. Si se toma en cuenta la relación Estado-sistema internacional, de ninguna manera uno de estos dos elementos constituyentes de la díada polarizada puede ser considerado separadamente del otro, porque son partes del mismo sistema complejo.

A la luz de cuanto hemos visto, la respuesta al problema de las polarizaciones ya no sería una teoría a gravedad cero, sino una teoría de polaridades múltiples interrelacionadas que reconozca la existencia de instancias antitéticas y alcance un punto dinámico de equilibrio. Sería entender el proceso de conocimiento de un objeto de estudio como un fenómeno complejo. La rehabilitación del síndrome de Zelig no es un problema teórico, sino algo diferente de difícil definición. Tal vez un problema metateórico, o epistemológico, o de método. Aún no tengo las herramientas para resolver este interrogante, si necesita ser resuelto.

La rehabilitación del síndrome de Zelig en un campo puramente teórico es una utopía que justifica los miedos de quienes afirman que explicar el comportamiento exterior del Estado a través de díadas antitéticas no es nada más que una respuesta erudita. La notoria y despreciada teoría del todo. Las polarizaciones son una riqueza analítica que ayuda a esclarecer aspectos importantes de los fenómenos. Pero, para lograr explicaciones que no sean

declaradamente parciales, es necesario dejar de considerarlas como una meta y empezar a considerarlas a la manera de un inicio. Hay que poner las polarizaciones a trabajar entre sí. De esta forma, la superación de las polarizaciones dejaría de parecerse a una lucha del Quijote y no se convertiría en un problema aún más grande del que intenta resolver. La complejidad es el marco teórico que permitirá buscar en esta dirección.

Interpretar el proceso de conocimiento del comportamiento exterior del Estado como un fenómeno complejo será entonces una búsqueda de cómo factores materiales e ideales, de la unidad y sistémicos se organizan, se interrelacionan, retroactúan, etc., para plasmar las decisiones. Un sistema complejo no es un sistema infinito y el diseño de un modelo que incorpore factores explicativos antitéticos es también el diseño de sus propios límites. El síndrome de Zelig no es nada más que la toma de conciencia de una realidad multifacética y dinámica que se manifiesta en aspectos cambiantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola. (2004). *Diccionario de filosofía*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Arenal, Celestino del. (2002). *Introducción a las relaciones internacionales*, 3ª ed., Madrid, Tecnos.
- Bateson, Gregory. (1993). *Espíritu y naturaleza*, 2ª ed., Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco. (1985). *Diccionario de política*, 4ª ed., México, Siglo XXI.
- Bocchi, Gianluca y Ceruti, Mauro (eds.). (2007). *La sfida della complessità*, Milán, Bruno Mondadori.

- Bunge, Mario. (1999). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony. (1995). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Guzzini, Stefano. (2003). "Il costruttivismo e il ruolo delle istituzioni nelle relazioni internazionali: regole e poteri nelle relazioni internazionali", en *Rassegna italiana di sociologia*, vol. 44, núm. 2.
- Habermas, Jürgen. (2008). *Teoría dell'agire comunicativo*, vol. 1, Bologna, Il Mulino.
- Hayek, Friedrich August von. (2003). *La contrarrevolución de la ciencia: estudios sobre el abuso de la razón*, Madrid, Unión.
- Keohane, Robert. (1993). *Instituciones internacionales y poder estatal: ensayos sobre teoría de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano GEL.
- Keohane, Robert y Nye Joseph. (1988). *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano GEL.
- Jeffrey, Isaac. (1995). "The Strange Silence of Political Theory", en *Political Theory*, vol. 4, núm. 23, en http://users.polisci.wisc.edu/avramenko/Methods/Isaac_The%20Strange%20Silence%20of%20Political%20Theory.pdf (Consultado el 11 de mayo de 2011).
- Lapid, Yosef y Kratochwil, Friedrich (eds.). (1996). *The Return of Culture and Identity in IR Theory*, Boulder (co), Lynne Rienner.
- Luhmann, Niklas. (1998). *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, Barcelona, Trotta.
- Luhmann, Niklas. (1998). *Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*. Barcelona, Anthropos.
- Luhmann, Niklas. (1990). *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*. Barcelona, Paidós/Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona.
- Maldonado, Carlos Eduardo (ed.). (2007). *Complejidad: ciencia, pensamiento y aplicaciones*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Maldonado, Carlos Eduardo. (2005). *Termodinámica y complejidad: una introducción para las ciencias sociales y humanas*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Merke, Federico. (2008, jun.-dic.). "Identidad y política exterior: la Argentina y Brasil en perspectiva histórica", en *Sociedad Global*, vol. 2, núm. 2-3, en <http://www.eumed.net/rev/sg/02/fm.htm> (Consultado el 14 de mayo de 2011).
- Merke, Federico. (2007). *Identidad y política exterior en la teoría de las relaciones internacionales*, Documento de Trabajo, Buenos Aires, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, en <http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso/docs/atrrii001.pdf> (Consultado el 14 de mayo de 2011).
- Moravcsik, Andrew. (1997). "Taking preferences seriously: a liberal theory of international politics", en *International Organization*, vol. 4, núm. 51, pp. 513-553, en <http://www.princeton.edu/~amoravcs/library/preferences.pdf> (Consultado el 02 de mayo de 2011).
- Morgenthau, Hans Joachim. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*, 6ª ed., Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano GEL.
- Morin, Edgar. (2009). *El método 1: la naturaleza de la Naturaleza*, 8ª ed., Madrid, Cátedra.
- Morin, Edgar. (2000). *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- Sotolongo Codina, Pedro Luis y Delgado Díaz, Carlos Jesús. (2006). *La revolución contemporánea del*

- saber y la complejidad social: hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO, en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/soto/soto.html> (Consultado el 29 de mayo de 2011).
- Popper, Karl. (1957). *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós.
- Waltz, Kenneth. (1988). *Teoría de la política internacional*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano GEL.
- Wendt, Alexander. (2005). Mar. “La anarquía es lo que los estados hacen de ella: la construcción social de la política de poder”, en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, núm. 1, en <http://academia.unse.edu.ar/13pg/mims/trial/colac/laanarquiaesla.pdf> (Consultado el 14 de mayo de 2011).
- Wendt, Alexander. (2007). *Teoria sociale della politica internazionale*, Milán, Vita e Pensiero.
- Yturbe, Corina. (1993). “Individualismo metodológico y holismo”, en Cruz, Manuel (comp.). *Individuo, modernidad, historia*, Madrid, Tecnos.